

HISTORIADORES EN EL SIGLO XXI:
LOS TRÁNSITOS DEL CONTEMPORANEÍSMO,
DESDE ARAGÓN

CARLOS FORCADELL ÁLVAREZ*

El propósito de esta reflexión consiste en captar y dibujar las líneas generales de cómo ha evolucionado, entre nosotros, la escritura de la historia en las dos últimas décadas, desde que a mediados de los noventa comenzaron a sustanciarse y hacerse visibles, en la historiografía global, impactos y transformaciones subsiguientes a los terremotos políticos y culturales de 1989. Si las orientaciones temáticas y metodológicas de la investigación histórica, las formas de representación y escritura del pasado, el despliegue de la propia disciplina y profesión en las instituciones y en el espacio público, la historia de la historiografía, en definitiva, están en estrecha e interrelacionada dependencia con el contexto político y cultural, parece evidente que ese abrupto final del corto siglo XX y el mundo radicalmente diferente en el que vivimos desde 1989-1991 —cuando sí que dio comienzo una auténtica hora cero de la historia, de las *Res Gestae*, antes que de su escritura—, ha tenido efectos e influencias determinantes en el estudio, la investigación y la transmisión de relatos que se elaboran sobre el pasado, en las formas de relacionarnos con el mismo, en la escritura de la historia. Nuestro propósito es observar cómo se ha podido percibir o reflejar este proceso global de desarrollo y transformación de la investigación y escritura históricas en nuestra escala territorial y académica, a través de la muestra de materiales, temas e investigaciones que han venido recogiendo regularmente, con una periodicidad bianual y durante dos décadas —lo que permite ya tanto describir las líneas de una evolución compartida como establecer algún balance historiográfico—, estos diez congresos de «historia local en Aragón», promovidos y organizados, con apoyo de las instituciones públicas, desde la Universidad de Zaragoza y su Departamento de Historia Moderna y Contemporánea.

Como punto de partida conviene subrayar que la evolución y los cambios de la investigación contemporaneísta más cercana opera como una muestra que refleja procesos generales incluso más amplios de los que caracterizan a la propia historiografía nacional. Se trata, pues, de describir y calibrar el reflejo y el impacto de las repercusiones, tan próximas y recientes en su origen como actuales en su despliegue presente, de estos nuevos y cambiantes contextos,

* Universidad de Zaragoza.

lo que denominamos «tránsitos» de nuestra disciplina en el título —mejor que «giros», desmesurada expresión para plazos tan breves de tiempo—, en la investigación y en la narración históricas. El propósito de describir y explicar estos «tránsitos», desplegados y recorridos en los últimos veinte años por nuestra comunidad de historiadores contemporaneístas, es, obviamente, demasiado audaz, porque escaso es el tiempo pasado para convertirse en objeto de estudio profesional, y porque su valoración e interpretación se encuentran muy entremezcladas y ligadas con nuestro propio presente. Y conviene aquí tener presente las advertencias del teórico de la Historia holandés Frank Ankersmit sobre «esa sobreproducción de nuestra disciplina de literatura histórica que se disemina como un cáncer por todas las áreas», hasta el extremo de calcular que en la actualidad hay más investigadores e historiadores que «desde Herodoto a la década de los sesenta», y sobre la tentación y el hábito de perderse en el bosque de esa «gruesa y opaca capa de interpretaciones» que puede acabar ocultando tanto la reconstrucción del pasado como su comprensión. Un intento audaz cuyos análisis corren el riesgo de ser, no solo provisionales, que esto «va de soi», sino también superficiales, a más de parciales¹.

Excusados, pues, tanto por la cercanía y proximidad, ayer mismo, de nuestro tema, como por ese volumen creciente e inabarcable de escritura histórica sumergida en un mar y mercado de interpretaciones en conflicto, podemos hacer una primera aproximación a nuestro propósito, ya mínimamente enunciado, a partir de algunas muestras significativas, por ejemplo, la que nos suministran, desde un contexto general, y ejemplar, las biografías intelectuales de tres conocidos historiadores contemporaneístas españoles, recientemente llegados a la edad de la jubilación, nacidos entre 1940 y 1944, que han vivido en su trayectoria estos «tránsitos» historiográficos del tiempo nuevo, particularmente visibles desde su madurez y consolidación profesional e intelectual, precisamente en los años noventa, cuya autoconciencia y autorreflexión han ido expresando de modo paralelo a la elaboración de su obra histórica. Nos referimos a Santos Juliá (1940), catedrático emérito de Historia Social y del Pensamiento Político (UNED), José Álvarez Junco (1942), catedrático emérito de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense, y Manuel Pérez Ledesma (1944), quien tiene la misma condición como catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid. Los tres son historiadores profesionales reconocidos en la comunidad de contemporaneístas, pertenecen a la misma generación y tienen experiencias biográficas e intelectuales comunes y compartidas, han reflexionado sobre la escritura de la historia y sobre la profesión, han tenido y tienen una presencia pública continuada y relevante en el escenario público desde su condición de historiadores. Además, disponemos de recientes balances sobre su obra y sus biografías en forma de homenajes y reconocimientos de compañeros y discípulos², así

¹ Ankersmit, Frank, «Historiografía y posmodernismo», *Historia Social* [Valencia], 50 (2004), pp. 7 y ss.; *vid. también Giro lingüístico, teoría literaria y teoría histórica*, Buenos Aires (ed.) Prometeo, 2011.

² Álvarez Junco, José, y Cabrera, Mercedes, *La mirada del historiador. Un viaje por la obra de Santos Juliá*, Madrid, Taurus, 2011; Moreno Luzón, Javier, y Rey, Fernando del, *Homenaje a José Álvarez Junco*, Madrid, Taurus,

como algún ensayo de «egohistoria» y alguna antología cronológica de sus aportaciones más significativas³.

Pero, antes de evaluar su particular recepción de los «tránsitos» historiográficos globales que emergieron a finales del siglo pasado, procede insertar la posterior exploración de estas pistas biográficas en el despliegue de nuevos y más recientes marcos institucionales, así como en las características generales de la continuidad del proceso democratizador en la práctica profesional de los historiadores españoles, esa «segunda hora cero» de la historiografía española contemplada por Miquel Marín Gelabert⁴. Se puede partir de la hipótesis de una continuidad con ese proceso democratizador que, en todos sus niveles, se articula en España principalmente a lo largo de la década de los ochenta y va configurando las características de una nueva y reconstruida comunidad profesional. Pero no solo son procesos de cambio y recepción en nuevos contextos políticos y culturales los que articulan la historiografía española más reciente, pues también comparecen novedades institucionales de gran envergadura que influyen de modo determinante en las transformaciones del conocimiento académico en general, de la historiografía académica en particular, a partir de la implementación de nuevas políticas públicas de promoción y evaluación de la actividad científica y de la regulación del profesorado universitario, de su docencia y de su investigación.

Nos podríamos remontar a considerar la significación y efectos de la legislación universitaria desplegada a partir de la Ley de Reforma Universitaria de 1983. Pero sin necesidad de ir tan lejos sí que hay que tener en cuenta que la ANECA, Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación, hoy un organismo autónomo dependiente del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, fue creada en julio de 2002 y que su influencia durante los últimos y bien cercanos años ha sido y es determinante a la hora de moldear la docencia y la investigación universitaria en general. Evalúa, certifica y acredita las diversas figuras de profesores y funcionarios, pero también los planes de estudio, de grado, máster y programas de doctorado, la concesión de menciones de excelencia o de sellos europeos, las becas Fullbright, el programa Salvador de Madariaga de contratos predoctorales de la Universidad Europea de Florencia, proyectos y convenios internacionales de diverso tipo, etc. Esta agencia central y gubernamental influye y condiciona con gran peso, mediante actuaciones colegiadas y públicas, también corporativas, las carreras docentes y en los currículums investigadores, marca los campos y las reglas de juego; si todavía es demasiado pronto para aquilatar los efectos de

2013; Álvarez Junco, José; Cruz, Rafael, y Peyrou, Florencia, *et alii*, *El historiador consciente. Homenaje a Manuel Pérez Ledesma*, Madrid, Alianza Editorial, 2015.

³ Nos referimos a Juliá Díaz, Santos, *Elogio de historia en tiempos de memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2011 y Pérez Ledesma, Manuel, *La construcción social de la Historia*, Madrid, Alianza, 2014.

⁴ Marín Gelabert, Miquel A., «Revisiónismo de estado y primera hora cero en España, 1936-1944», en Carlos Forcadell, Ignacio Peiró y Mercedes Yusta (eds.), *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza, IFC, 2016, pp. 363-406, y «La historiografía democrática en España 1965-1989», en Ignacio Peiró y Carmen Frías (eds.), *Políticas del pasado y narrativas de la nación en la España contemporánea*, Zaragoza, PUZ, 2016, pp. 357-442.

las políticas científicas de este organismo en la docencia y en la investigación histórica, sus normativas y sus decisiones concretas constituirán, con el tiempo, una fuente indispensable para la historia de la creación y difusión del conocimiento en nuestro tiempo.

Otra pieza clave del sistema es la Comisión Nacional Evaluadora de la Actividad investigadora (CNEAI), creada en agosto de 1989, cuya función, que ha ido cobrando progresiva importancia, consiste en evaluar periódicamente los rendimientos de la investigación, de los historiadores en nuestro caso, lo cual tiene efectos retributivos, pero también curriculares en términos tanto de acreditación de méritos como de adaptación de la investigación a los ritmos y formatos establecidos y aconsejables. Desde unos años antes, 1986, funcionaba la Agencia Nacional de Evaluación y Prospectiva (ANEP), con el objetivo de fomentar, orientar y evaluar la actividad científica y técnica de todas las áreas de conocimiento, lo cual viene llevando a cabo la ANEP seleccionando proyectos de investigación, becas pre y posdoctorales, la financiación de estancias en el extranjero, la aplicación de fondos y recursos europeos, etc. En las memorias anuales de estas tres principales agencias evaluadoras se encuentra una cuantiosa información que, con el tiempo, se convertirá en una fuente histórica de primera magnitud para la historia de las diversas disciplinas del conocimiento y, en nuestro caso, para analizar el desarrollo de nuestra profesión y de nuestras prácticas académicas como historiadores, un estudio que habrá de recurrir también al detalle de las fuentes y documentación primaria que tenemos resumidas en las preceptivas memorias anuales de los organismos.

Por otra parte, y en un proceso simultáneo a la democratización de los marcos institucionales y al cambio de guardia generacional, la comunidad de historiadores contemporaneístas inició, precisamente en 1990, a la vez que comenzaba a ser evaluada y, en cierto sentido, regulada la investigación histórica, el proceso de creación de la Asociación de Historia Contemporánea (AHC), un proceso de configuración e identidad profesional de carácter privado y voluntario que ha venido creciendo y amplificando su influencia de modo consistente hasta hoy mismo. Este asociacionismo profesional, muy tardío en comparación con el establecido en las historiografías nacionales europeas, es otro indicador imprescindible para la construcción de los currículums investigadores de los historiadores, para la definición y evolución de temas y métodos, para la presencia pública y promoción de los contemporaneístas españoles, y para la definición de las estrategias profesionales. Desde 1990 se han reunido 13 congresos generales de la asociación y desde 1991 se publica la revista trimestral *Ayer*, que ha llegado al número 100 en 2015, lo que nos sitúa en un tiempo de un cuarto de siglo a caballo del cambio de milenio, desde el gozne histórico 1989-1991 hasta hoy, en el que la profesión de historiador contemporáneo se ha constituido y manifestado de modo natural y regular. Su primer director, Miguel Artola, afirmaba en los primeros consejos de redacción que «quien no proponga y elabore un *dossier* temático para la revista no es nadie en la profesión».

La función de la revista en el desarrollo de la propia disciplina y en su reproducción ha sido fundamental, a través del establecimiento de mecanismos de socialización profesional y de estándares mínimos en la disciplina y de su contribución a consolidar áreas de investigación y grupos de trabajo, así como para integrar los ámbitos profesionales de carácter nacional e internacional. Como escribe Lutz Raphael, «la regular publicación de revistas es-

pecializadas es un importante indicador de que se ha alcanzado un ámbito profesional científico independiente [...]. La existencia de revistas especializadas marca, antes o en paralelo a la fundación de agrupaciones profesionales, por regla general, el primer paso para imponer la autonomía científica sobre las pretensiones de la política, pero también por encima de la dependencia de coyunturas o modas en el mercado editorial periodístico o literario»⁵. Las asociaciones y sus revistas se constituyen en atalayas desde las que observar la praxis profesional de los historiadores, su evolución y sus transformaciones. La publicación con regularidad de la revista *Ayer* a lo largo de los últimos veinticinco años la convierte en un material y en un observatorio privilegiados para captar la evolución de la historiografía contemporánea desde principios de los años noventa hasta hoy.

Los primeros quince años del siglo XXI no han hecho sino reforzar, extender y acumular la presencia y actividad de marcos, lugares y redes de producción en forma de asociaciones y revistas, al margen de las estatales u oficiales, algunas de las cuales habían surgido ya a finales de la década de los ochenta: *Revista de Historia Económica* (1983), *Historia Social* (1988), seguida de la correspondiente asociación en 1989, la Asociación de Historia Contemporánea nacida en 1990 y su revista *Ayer* (1991), *Historia Contemporánea* en la Universidad del País Vasco desde 1988, etc. Siguen siendo los canales centrales de producción y presentación de la historiografía, el origen más directo de nuestro presente. La actividad de las asociaciones en punto a reuniones, congresos, ediciones de revistas, etc., han relegado a un papel muy secundario a las tradicionales instituciones oficiales y estatales, desde el CSIC hasta la Academia de la Historia. El mismo papel siguen cumpliendo, renovadas, revistas más sectoriales y especializadas, no menos importantes y significativas, que nacieron también en el momento de esa hora cero historiográfica hispana que vino a coincidir con el mundo nuevo alumbrado tras el 89: *Noticiero de Historia Agraria* (1991), *Historia y fuente oral* (1989), *Historia Industrial* (1992), *Historia Urbana* (1992), *Arenal* (1994), *Historia y Política* (1999), *Historia del Presente* (2001)...

Aquí, en la autoorganización de los historiadores contemporaneístas en asociaciones voluntarias, en cuyo seno se compite así intelectual como profesional y curricularmente, y en la canalización de las investigaciones en revistas y ediciones, junto con los marcos institucionales establecidos por las políticas educativas y de investigación del Estado y, en nuestro caso, de las comunidades autónomas, se encuentran los principales y necesarios materiales para un futuro estudio de la historia de la profesión, de la historia de la historiografía, ya comenzado el siglo XXI.

Unos materiales que, en punto a desplazamientos e innovaciones temáticas y metodológicas, que es el tercer elemento para definir y tomar el pulso a la evolución acumulativa de las prácticas historiográficas, se orientan hacia el tronco de la historia contemporánea, o bien hacia las ramas de sus subdisciplinas y especialidades, y, sobre todo, a las hojas, perennes o

⁵ Raphael, Lutz, *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 a la actualidad*, Zaragoza, IFC, 2012, p. 48.

caídas, que parecen territorios preferidos de una visión posmoderna de la historia o de prácticas historiográficas contagiadas por la presencia lateral del llamado *posmodernismo*, una fragmentación identificada con el posmodernismo, pero también producto de los incesantes procesos de especialización académica, de segmentación de cualquier conocimiento. Y no faltan propuestas, no solo entre nosotros, nostálgicas de una disciplina que pueda ser capaz de decir algo sobre el conjunto del árbol, su tronco y principales ramas, propiciadas ahora por la realidad de la globalización y una mayor conciencia de la envergadura interconectada de grandes procesos económicos, sociales, ecológicos..., que estimulan el interés y la atención a perspectivas de historia comparada, transnacional, global, en una reactualización de las tensiones entre la fragmentación y la síntesis del objeto histórico.

Se hace visible una reacción contra la fragmentación del objeto histórico en segmentos temáticos aislados y desconectados que imposibilitan, o entorpecen, el conocimiento del pasado. El reciente *Manifiesto por la historia* de los historiadores norteamericanos Jo Guldi y David Armitage comienza con la observación de que «un fantasma recorre nuestra época: el fantasma del corto plazo», y defiende militantemente la eficacia de la historia, de los historiadores, para relacionar el pasado y el futuro en temas como el cambio climático, («el discurso medioambiental está a punto de aterrizar en el dominio de la historia»), el análisis del gobierno mundial, la crisis de gobernanza global, y el análisis de la desigualdad, asuntos todos en los que el largo plazo se impone necesariamente. Si la historia transnacional es una perspectiva habitual, más predicada que practicada, la «trastemporal» aún está ausente, en ambos sentidos, pero es necesaria para una esfera pública de la que la historia se retiró, hace tiempo, en favor de economistas, sociólogos, politólogos...: «el público necesita relatos de cómo hemos llegado a estar al borde de una crisis ecológica y de una crisis de desigualdad»⁶.

En todo caso, pretender una aproximación o seguimiento a la evolución de temas, métodos, tendencias, modas... de la historiografía contemporánea de los últimos quince o veinte años es tarea inabordable, incluso limitados a la escala de un observatorio limitado, como pueda ser la producción histórica de la Universidad de Zaragoza; sus contornos y perfiles solo pueden ser tratados a partir de algunas muestras seleccionadas y quedar circunscritos a sus rasgos más generales. Un indicador muy grueso puede ser el manual más reciente de Historia de España, los 12 volúmenes publicados entre 2007 y 2013 en una empresa editorial gestionada en común desde Madrid (Editorial Marcial Pons) y Barcelona (Editorial Crítica) y dirigida por dos prestigiosos historiadores, catalán uno, Josep Fontana, gallego otro, Ramón Villares, la cual se manifiesta unificada por la pretensión común de «ofrecer una obra que represente lo que un grupo de historiadores a comienzos de siglo piensa de la sociedad en la que viven», con el propósito de «establecer una visión de conjunto del pasado histórico español inspirada en la renovación historiográfica [...], que sea digna heredera de la tradición democrática y progresista que despegó con los primeros historiadores profesionales y liberales de principios de siglo (Altamira, Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz, Bosch

⁶ Guldi, Jo, y Armitage, David, *Manifiesto por la historia*, Madrid, Alianza Editorial, 2016. Las citas en pp. 13, 66 y 216.

Gimpera)». Una prioridad de particular significación historiográfica consiste, se lee en la introducción común a todos los volúmenes, en «atender el proceso de construcción de una nueva ciudadanía activa, sujeto histórico que ha ido sustituyendo el viejo papel de la clase social», así como incorporar con atención preferente temas como «el papel de la política y de la cultura, el peso de la mujer, o, en otra perspectiva, la integración europea o la posición de España en el mundo». En el plan editorial inicial se destinaba el último volumen (12) a tratar tema tan propio de la historiografía más reciente como «Historia y memoria»⁷. Un programa completo cuyos propósitos e intenciones se hacían eco de las características de la renovación de la historiografía europea e internacional y que, en todo caso, constituye la última historia general de España, la obra de una generación y para una generación, que ocupa y ocupará su lugar en el mercado cultural de manuales y síntesis de historia de España. Aunque participan en el proyecto historiadores que cubren varias generaciones, puede decirse que la serie Historia de España es el reflejo de la cultura historiográfica desarrollada en la España que transitó de la dictadura a la democracia y que fructificó sobre todo en la década de los ochenta y los noventa. Naturalmente, la investigación y la escritura de la historia van a mucha mayor velocidad y muy por delante de cualquier colección de volúmenes con vocación de manual, o de cualquier síntesis, pero, a la espera de que publique su último volumen XIII, sobre la España democrática, a cargo de Núñez Seixas, tras el decaimiento de Santos Juliá en un primer encargo, esta empresa editorial constituirá un principal hito testimonial de la historiografía en España a comienzos del siglo XXI, convertida con el tiempo, con seguridad, en fuente de la historia general de la historiografía española.

Otro instrumento adecuado, también muy general, para medir la evolución de los centros de interés y de las perspectivas teóricas y metodológicas de los historiadores contemporaneístas en España es, y será en el futuro, llevar a cabo un seguimiento sistemático de los contenidos de la revista *Ayer*, visiblemente permeables a las estrategias de investigación de las personas y grupos más activos y renovadores. La revista publica regularmente *dossiers* temáticos cuya relación permite observar, bien que desde el telescopio, muy a vista de pájaro, la secuencia de novedades temáticas e interpretativas, así como la conciencia de lo que se entiende y propone como historiografía más actual. Si nos vamos diez años atrás, encontramos un número de 2006 titulado «Más allá de la Historia Social», que recoge la revisión del paradigma historiográfico de la Historia Social, tanto desde sus reformulaciones culturalistas que permiten incrementar la capacidad explicativa del paradigma original, como desde el desafío de entender que la conciencia y los actores sociales son el resultado de la aprehensión significativa de la realidad mediante las categorías lingüísticas disponibles en dirección a una «historia postsocial». El mero enunciado de algunos *dossiers* posteriores puede ilustrar la búsqueda de nuevos modelos explicativos para viejos y nuevos temas: juventud y política, política y culturas políticas en América Latina, espectáculo y sociedad, retaguardia y cultura de guerra, género y modernidad, historia, política y opinión pública, homosexualidades,

⁷ Las citas en la «Introducción General» común a todos los volúmenes, pp. VII-XIII. El último volumen, coordinado por José Álvarez Junco, acabó titulado como *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*.

miradas comparadas sobre violencias de entreguerras, la nacionalización en España, los retos de la biografía, la historia transnacional, historia y literatura, emociones e historia⁸...

Un tercer nivel de información más detallado vendría proporcionado por el tratamiento de los numerosos materiales de los congresos bianuales de la AHC, cuyo análisis refleja con un alto grado de fiabilidad las líneas y temáticas de investigación por las que actualmente transita la historiografía contemporánea española, especialmente desde que, a partir de 2008, sus congresos fueron concebidos articulando los temas historiográficos y líneas de investigación preferentes propuestos por los asociados, en reflejo de los intereses concretos y la práctica real de un colectivo profesional. Un material que nos ofrece 289 comunicaciones en 2010, 234 en 2012, 500 en 2014..., más de 1000 textos o *papers* agrupados en talleres de presentación y debate, un conjunto de intervenciones que pueden ser consideradas como un indicador sumamente representativo de las transformaciones, los saltos, los cambios y los tránsitos experimentados por la historiografía española, así como de las tendencias que se han convertido últimamente en hegemónicas, o que compiten por llegar a serlo. A título de ejemplo, en el XI Congreso de la AHC reunido en Granada en 2012, se organizaron talleres sobre temas como: emociones, subjetividad y memoria, historia transnacional, historia global, multiculturalismo y género, los fundamentos cívicos de la democracia y del autoritarismo, ciudadanía social y culturas políticas del siglo XX, memoria, trauma y experiencia, construcción, transformación y destrucción de las identidades nacionales..., buen reflejo de las agendas historiográficas más actuales ya finalizada la primera década del siglo XXI.

Son materiales cuantiosos, pendientes de procesar e interpretar; pero, en tanto se emprende este trabajo con más rigor, podemos enfocar por una vía indirecta el despliegue más reciente de la disciplina, a partir de las señales e indicaciones que nos puede proporcionar el recurso a biografías representativas de quienes han recorrido y testimoniado el cambio historiográfico desde la hora de la democratización y normalización profesional en los años ochenta del pasado siglo hasta nuestro mismo presente.

Manuel Pérez Ledesma, director de investigaciones colectivas y tesis doctorales, ha contribuido con su trabajo y su criterio a la orientación de una parte significativa de la historia social e intelectual de la época contemporánea, como recuerda Santos Juliá en un texto de homenaje y balance de su obra; si recurrimos a los «buscadores» informáticos, la primera vez que aparece en los mismos es en 1969, pero con motivo de su procesamiento y entrada en prisión por su pertenencia a Comisiones Obreras en Salamanca, en cuya universidad obtenía simultáneamente el Premio Extraordinario de Licenciatura e iniciaba como profesor su andadura académica en la Universidad Autónoma de Madrid, de la mano de Miguel Artola, pronto interrumpida por su expulsión de la misma, junto con un buen número de jóvenes profesores de la Universidad española, en 1973, de modo

⁸ Marín Gelabert, Miquel A., «Orígenes y primeros años de la Asociación de Historia Contemporánea», *Ayer*, 92 (2013), pp. 239-250. *Vid.* también «Luces y sombras del contemporaneísmo español en la última década», *Ayer*, 41 (2001), pp. 213-255.

que su formación académica coincidió con el activismo político característico de jóvenes profesores y estudiantes de la Universidad española contra la dictadura: su expulsión de las aulas le llevó a trabajar en Alianza Editorial, de la mano de Javier Pradera y de Miguel Artola, lo que le facilitó posteriormente la aplicación de sus conocimientos y trabajo como historiador al mundo.

Su tesis doctoral (1976) trata sobre los primeros años de la UGT, una historia de la primera organización del sindicato socialista que colocaba por primera vez al movimiento obrero español en línea con la atención y atracción de estos temas en la historiografía de aquel momento —más acusadas aún en la historiografía española—, una historia social clásica de las organizaciones obreras. Sus primeros escritos se ocuparon de ediciones de textos socialistas de principios del siglo XX, del *Derecho a la pereza* de Paul Lafargue, en unos momentos, ya principios de los ochenta, en los que su participación personal en movimientos sociales y proyectos políticos situados a la izquierda del PSOE y del PCE, partido del que procedía, se imbrican académicamente con una atención preferente a la historia de los movimientos sociales, tema sobre el que construye una asignatura y sobre el que centró sus investigaciones en los años ochenta, cuando ingresó tempranamente en la institución universitaria beneficiado por el apoyo de Miguel Artola, unos movimientos sociales que comenzaban a discutir, en la práctica política, la primacía de la clase obrera organizada como agente de la revolución o de las transformaciones democráticas, como pronto y a la vez la va negando el historiador en su práctica historiográfica. Es la forja de un historiador, que accede a la cátedra en 1988, desde el final de la dictadura hasta la consolidación de la democracia, a la búsqueda de nuevos sujetos de la historia y de nuevos métodos y explicaciones en historia social y de los movimientos sociales.

Así las cosas, tras el 89 y en los primeros años noventa, se gestó el momento en el que se comenzó a recorrer más decididamente el camino hacia considerar y subrayar que los factores culturales habían de ocupar el lugar central que antes tenían las variables demográficas, económicas o políticas en la explicación y en la narración del pasado. Es innegable, por otra parte, que desde los años noventa, y hasta hoy, la comunidad de historiadores en España ha estado muy bien informada y receptiva de los desplazamientos más actuales de las historiografías nacionales británica, francesa, italiana, alemana, con las que compartía orientaciones, «tránsitos» o giros comunes. La coordinación de un libro en 1997 titulado *Cultura y movilización en la España contemporánea* da cuenta de este desplazamiento, es un buen testimonio de estas transformaciones: la cultura juega un papel decisivo en la actuación de los sujetos históricos; los ingredientes culturales pasan a un primer plano a la hora de explicar la formación de identidades colectivas, también la de la clase trabajadora: «toda realidad social es una realidad construida por los sujetos, a partir de las herramientas culturales con que cuentan en cada momento». La formación de la clase obrera, consecuentemente, también sería una construcción cultural: «en cuanto sujeto histórico, es decir, como identidad colectiva disponible para la movilización, la clase obrera fue el resultado de la acción continuada de los integrantes del movimiento obrero; fueron ellos quienes interpretaron las experiencias comunes de los trabajadores y difundieron los marcos conceptuales que permitían a estos

integrarse en una identidad colectiva». El proceso de formación de la clase obrera consiste en la construcción cultural de una identidad⁹.

El siguiente paso, desde la primera atención a la organización obrera y al movimiento social, consistió en situar la «ciudadanía» como sujeto histórico principal, la condición de ciudadanos y la progresiva conquista, generalización y difusión de derechos políticos, civiles y sociales, un sujeto histórico en el que caben la clase y el pueblo, las organizaciones obreras, políticas y sindicales y los movimientos sociales, viejos y nuevos. De modo que la reflexión historiográfica y el trabajo académico del profesor Pérez Ledesma condujo a la publicación, diez años más tarde, de los resultados de un ambicioso programa de investigación: «De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España», un tema que articulaba proyectos de investigación colectivos, presentaciones en talleres y congresos, publicaciones en revistas de referencia, y la edición final de un libro de impacto, diez años después de *Cultura y movilización en la España contemporánea*¹⁰. El ciudadano retornaba también al centro del escenario historiográfico. La ciudadanía era la candidata más cualificada para constituir un nuevo sujeto histórico que permite agrupar a sectores sociales más amplios que la clase obrera tradicional, y proponer consecuentemente unos objetivos de «democracia radical», consistentes en profundizar cualitativamente los derechos, civiles, políticos y sociales, allá donde existen, y en extenderlos cuantitativamente lo más posible, en «globalizarlos», en aquellas situaciones en las que se ven limitados o son inexistentes, como principal vía hoy de afirmación y ampliación de los viejos principios de libertad e igualdad. Hoy merecen atención y prioridad las organizaciones y acciones colectivas distintas de la clase: género, etnicidad, identidades culturales y territoriales. En todo caso, la clase, pero también la raza y el género, han constituido las principales fronteras de exclusión de la ciudadanía que han debido de ser progresivamente eliminadas, y eso es lo que hay que historiar y relatar.

Finalmente, el recorrido intelectual del historiador salta al continente de las culturas políticas, promoviendo reflexiones, investigaciones y debates colectivos que tuvieron como resultado la dirección y publicación de un ambicioso proyecto editorial: la *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, 6 volúmenes editados entre 2014 y 2016. El proyecto colectivo partía de la «radical insatisfacción por los límites de la vieja historia social» y del propósito de situar en el centro de los procesos históricos la cultura, entendida como un entramado simbólico de actividades, representaciones portadoras de normas y valores, así como en las subsiguientes prácticas constitutivas de la realidad social y política, como una cartografía mental con la que los individuos o grupos se manejan en el escenario polí-

⁹ Pérez Ledesma, Manuel, «La formación de la clase obrera, una creación cultural», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma, *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, p. 233. Conviene destacar que estos planteamientos cumplen hoy ya veinte años, y venían propuestos como parte de un programa epistémico más amplio: «Las tradiciones, las naciones, las clases y los pueblos, el género y los movimientos sociales, y hasta los héroes y los líderes políticos se nos presentan ahora como el resultado de procesos de construcción cultural...» (pp. 10-11 de la presentación de Pérez Ledesma).

¹⁰ Pérez Ledesma, Manuel (dir.), *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, 735 pp.

tico y social con una amplia serie de herramientas, valores, prejuicios, emociones, símbolos, lenguajes..., que dotan de sentido a la acción política y social, individual y colectiva: «es a través del análisis del discurso y las prácticas simbólicas como se pueden captar los elementos centrales de una cultura política, así como sus articulaciones, prácticas, experiencias y evoluciones»¹¹. La obra constituye, en definitiva, una buena sistematización y síntesis de los presupuestos de una historia cultural de lo político y de lo social que muchos historiadores españoles vienen aplicando en sus interpretaciones y relatos del pasado, y, quizá, uno de los mejores testimonios de las líneas generales del cambio historiográfico desplegado a lo largo de las dos últimas décadas.

Una biografía diferente, pero indicativa de un tránsito convergente, es la de Santos Juliá (1940), quien ha tenido un papel destacado en la historiografía española y, como su compañero generacional Manuel Pérez Ledesma (1944), e incluso en mayor medida, ha descendido como profesional y como historiador a la arena del debate público, con gran capacidad didáctica y convicciones cívicas. Formado en el ámbito de la sociología se fue convirtiendo en historiador en la década de los setenta, el tiempo del «compromiso ineludible», desde una buena asunción de Marx, pero también de Max Weber, y con una radical fidelidad a las fuentes históricas desde el primer momento. Sus primeros títulos publicados tratan sobre *La izquierda del PSOE 1935-36* (1977) y sobre *Los orígenes del Frente Popular* (1979). Su tesis doctoral, elaborada en los años ochenta, es un espléndido análisis de *Madrid 1931-34: de la fiesta popular a la lucha de clases*, libro publicado en 1984.

Ahora bien, en el esbozo de autobiografía intelectual que publicó más tarde (2011) ya evoca la recepción al giro hacia una nueva historia cultural que percibía tempranamente a principios de los años noventa; en los primeros números de la revista *Ayer* (1993) escribía que «la invención y la construcción de tradiciones e identidades colectivas barría con su juvenil potencia la vieja lucha de clases como tema predilecto de nuevas generaciones de historiadores...», remitiéndose a los números de *Storia della Storiografia* dirigidos por Iggers en 1989, y al acta de nacimiento de una «nueva historia cultural» que levantaba desde California el mismo año Lynn Hunt. Otros, como Juan José Carreras, advertían que el posmodernismo fin de siglo, por su parte, «podría verse como una cura de humildad de cierta historia social, global, demasiado prepotente», pero llevado a sus consecuencias más extremas podía acabar disolviendo la realidad del pasado entre textos e interpretaciones, proponiendo un nuevo paradigma teórico en el que el mundo social se reducía a una construcción discursiva, reduciendo la cultura a lenguaje y la acción a comunicación¹².

Se precisa distinguir entre el camino de la revisión de la Historia Social hegemónica desde el interior de la propia tradición disciplinar, o su abordaje desde fuera, desde las prácticas

¹¹ Pérez Ledesma, Manuel, y Saz, Ismael (dirs.), *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, 6 vols., Madrid / Zaragoza, Marcial Pons / PUZ, 2014-2016. Las citas en vol. I, pp.12 y ss.

¹² Las citas de Santos Juliá Díaz en «La historia social y la historiografía española», *Ayer*, 10 (1993), pp. 29 y ss., argumentos retomados en su *Elogio de historia en tiempos de memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2011, especialmente en su capítulo 5 sobre «¿La historia en crisis...?», pp. 79 y ss. La de Juan José Carreras, *Lecciones sobre historia*, Zaragoza, IFC, 2016, p. 93.

más radicales del posmodernismo y del giro lingüístico. Es el primer camino el que han recorrido, por lo general, los historiadores españoles, siendo muy difícil encontrar alguna monografía histórica de referencia que refleje la segunda opción. Para Santos Juliá, en palabras del citado artículo de la revista *Ayer*, se trataba, ya entonces, de explicar interpretando significados, no de explicar estableciendo leyes; la nueva agenda del historiador exigía «priorizar el estudio del sentido y de la acción simbólica de las acciones individuales y colectivas, proyectando sobre nuevas formas de agrupamiento: género, etnicidad, identidades culturales y territoriales». Lo que estaría en crisis, en tiempos en que la crisis de la historia era un tema recurrente y repetido, no sería la historia y sus desarrollos, «sino la pretensión hegemónica o exclusivista de los grandes paradigmas totalizadores...». La Historiografía difícilmente podía salir indemne de la derrota de amplias proporciones del socialismo «realmente existente», como se decía entonces. Hay acuerdo en entender que la crisis de los regímenes comunistas en la Europa del Este fue terminal, a partir de la desaparición de la URSS entre marzo de 1990 y diciembre de 1991, pero la crisis de la historia acabó resolviéndose con una apertura metodológica y a la pluralidad.

Nuestro propósito es observar cómo estas percepciones, ya desde mediados de los años noventa, transformaron la práctica del historiador y reformularon sus centros de atención y de interés, reorientados ahora, en el caso del historiador que nos ocupa, hacia la historia de los intelectuales y el género biográfico. Y así, una de sus obras mayores, por la que recibió el Premio Nacional de Historia en 2004, lleva el intencionado título de *Historias de las dos Españas*, una historia de los grandes relatos y construcciones literarias que llevaron a cabo los intelectuales españoles desde principios del XIX, una historia, en definitiva, de hechos culturales y de interpretaciones. Son dos grandes relatos, metarrelatos nacionales, dos grandes ficciones, en cierto modo, de enorme fuerza y éxito, que se inventaron para explicarse a sí mismos quienes competían por el control del orden político y social en cada circunstancia histórica. Este ha sido el camino recorrido por un historiador representativo, que sigue defendiendo con energía la autonomía de la disciplina histórica, porque «no hay historia si no hay pasión por el pasado; esa es la marca de nuestra identidad, lo que diferencia este de cualquier oficio. No la pasión por el hecho que pueda sentir un policía, ni un juez, ni un político [...] Nosotros no somos policías, tampoco jueces, ni políticos, ni legisladores: no salimos en busca del pasado más que con el propósito de documentar, interpretar, comprender, explicar, desentrañar tramas de significado, representar, conocer, en definitiva, lo que ocurrió y narrarlo en la plaza pública», un buen programa para los historiadores, hoy¹³.

Las obras de José Álvarez Junco constituyen referencias seguras en los campos que ha trabajado, desde los movimientos obreros hasta las identidades nacionales, pasando por el republicanismo o los fenómenos populistas; su presencia en la esfera pública, desde el análisis histórico y su trabajo de historiador, ha sido también constante, desde que defendió su tesis doctoral en 1974 sobre las ideas políticas de los anarquistas españoles bajo la dirección de Jose María Maravall (*La ideología política del anarquismo español 1868-1910*, 1976).

¹³ Juliá Díaz, Santos, *Elogio de historia...*, op. cit., p. 231.

Luego dirigió su investigación hacia el populismo republicano en la Barcelona de comienzos del siglo XX, la Rosa de Fuego del Mediterráneo, publicando un innovador libro sobre *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista* (1990), en el que ya recurría a elementos de una historia cultural que tenía, por entonces, bastante de novedad entre los historiadores españoles. Su tercer gran libro es *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX* (2001), un punto de inflexión en el estudio de los nacionalismos en España y una primera aplicación de la historiografía moderna y «modernista» sobre el tema. Ha sido un largo y fructífero viaje que le ha llevado de la historia del movimiento obrero y de la historia de las ideas, a la historia cultural, pasando por la historia de los movimientos sociales, del anarquismo al populismo y a los mitos liberal y católico de la nación y del nacionalismo español. Un trayecto que ha ido de la clase, al pueblo y, finalmente, a la nación, a la génesis y descripción de identidades colectivas nacionales.

Estos procesos de profesionalización de los historiadores son generales y globales; se formaron en todo el mundo, escribe Lutz Raphael, «historiadores críticos con el poder que pusieron en cuestión el consenso existente sobre la necesidad de ser responsables ante la nación y políticamente fieles al sistema [...] una parte de los historiadores culturales y sociales dio la espalda conscientemente a la historia nacional y criticó duramente las bases de su filosofía de la historia. Particularmente, pero no solo, los críticos posmodernos y feministas rechazaron la tradicional misión de dotar de un significado a la nación»¹⁴.

A inicios del siglo XXI, la autonomía política de los historiadores es mayor que cien años antes, y que hace cincuenta, y ha aumentado el distanciamiento crítico ante las exigencias de lealtad al poder político o a la necesidad de ser responsables ante la nación. Los historiadores contemporaneístas españoles, por otra parte, han internacionalizado su formación y su investigación, así como su presencia, muy visiblemente. Y es nuestra responsabilidad epistémica, profesional, cara al futuro, seguir por estos caminos, o es deseable y previsible que se continúe en esta dirección.

Nos encontraríamos pues, en definitiva y para acabar, con tres elementos principales para describir esos tránsitos recientes de los historiadores contemporaneístas españoles: las influencias y determinaciones que para la profesión tienen las políticas científicas de promoción, financiación y regulación de la investigación, histórica en nuestro caso, desplegadas por el Estado y las Administraciones Públicas; los resultados y las aportaciones del proceso de autoorganización de la profesión en asociaciones y revistas; las transformaciones temáticas y metodológicas desde hace veinticinco años en la teoría y en la escritura de la historia exigidas por la envergadura del cambio histórico y social del último cuarto de siglo, unos procesos, los tres, que en nuestro caso se despliegan simultánea, paralela, entrelazadamente, desde 1989-1991 hasta hoy.

Y, llegados aquí, si este esquema explicativo tiene validez, y como ni la Universidad de Zaragoza ni el territorio aragonés son islas identitarias desconectadas, la principal conclusión

¹⁴ Raphael, Lutz, *La ciencia histórica en la era de los extremos...*, *op. cit.*

es que, desde nuestra escala más próxima, podemos observar cómo los tránsitos de la investigación histórica contemporaneísta en Aragón son similares y compartidos, y se mueven en los mismos contextos generales que hemos intentado describir e interpretar. El trabajo de los contemporaneístas que se han formado y se forman en la Universidad de Zaragoza se inserta en los mismos marcos y condicionamientos establecidos por las políticas científicas públicas, al igual que profesores, becarios, doctores del área de Historia Contemporánea han tenido regular y destacada presencia en los procesos organizativos de la profesión en los últimos veinticinco años.

A la hora de describir, analizar e interpretar la historiografía desplegada entre nosotros en las dos últimas décadas disponemos de un instrumento privilegiado, complementario de lo que manifiesten en el futuro, cuando en su momento sean estudiados, los indicadores más institucionales: promoción, investigación y movilidad del profesorado, temas de investigación y metodología de tesis doctorales, tesis de licenciatura, trabajos para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados (DEA), trabajos fin de máster (TFM), etc., que constituirán fuentes específicas para los estudios de Historia de la Historiografía, que son, precisamente, los materiales presentados a lo largo de las dos últimas décadas en la serie de Congresos de Historia Local de Aragón que ahora ha llegado a su décima convocatoria, lo cual merece ser resaltado a la hora de reunir este X Congreso de Historia Local.

Por estas razones hay que hacer memoria e historia, en este caso, de la feliz iniciativa que tuvieron los profesores Ignacio Peiró y Pedro Rújula al convocar el «I Congreso de Historia Local de Aragón» en la localidad bajoaragonesa de Mas de las Matas en los primeros días de julio de 1997. Fueron los comienzos de un proyecto que ya contemplaba desde su nacimiento «la necesidad de realizar una reunión científica bianual», con la voluntad expresa de atender al marco aragonés, «como modelo para la comprensión de los procesos históricos contemporáneos», poniendo en práctica «el compromiso asumido por la universidad y el departamento para conectar con la sociedad y activar el entorno cultural en el que trabaja» y también con el propósito de conectar con otros espacios académicos nacionales con intereses y preocupaciones similares. Veinte años y diez congresos después podemos afirmar que los objetivos enunciados han tenido un alto grado de cumplimiento. Pues nuestros congresos de historia local de Aragón son el mejor registro para observar la construcción de una profesión en nuestro ámbito más cercano¹⁵.

El proyecto se consolidó debido al cumplimiento de la regularidad bianual concebida desde el principio, a la constancia en el formato de las reuniones y a la implicación continuada de los profesores del área de Historia Contemporánea, quienes lo pusieron en práctica como continuidad y proyección exterior de sus tareas docentes e investigadoras. Se trataba

¹⁵ Rújula, Pedro, y Peiró, Ignacio (coords.), *La Historia local en la España contemporánea*, Barcelona, Ed. L'Avenç, 1999, 518 pp. Las citas en la nota introductoria de los organizadores del Congreso. Cabe recordar la función que estas reuniones tuvieron desde sus inicios en la configuración de la profesión desde ese momento, al observar la presencia, ya en la primera edición (1997) de las primeras investigaciones de trayectorias tan reconocidas veinte años más tarde como las de Inmaculada Blasco, Ángela Cenarro, José Luis Ledesma, Pilar Salomón, Mercedes Yusta...

de organizar una oportunidad para reunir al alumnado más interesado de los últimos cursos, doctorandos, becarios, de presentar investigaciones en marcha de jóvenes licenciados y doctores, de construir un espacio para significar el inicio de sus trayectorias investigadoras, y de ponerlas en relación con las de contemporaneístas más destacados y más frecuentados como referencia en la docencia ordinaria de licenciatura y de doctorado.

Merece ser subrayada la dimensión de empresa colectiva gestionada por los contemporaneístas de la Universidad zaragozana, en un mundo académico cada vez más fragmentado, incluso en el interior de las propias especialidades. Con el tiempo, han asumido la organización de alguno de los diez «Congresos de Historia Local de Aragón», garantizando su continuidad, además de sus primeros patrocinadores Ignacio Peiró y Pedro Rújula, los profesores Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Carmen Frías, Alberto Sabio, Carlos Forcadell, Carmelo Romero, José Luis Ledesma, Javier Rodrigo, Pilar Salomón y Gustavo Alares, contando en todo momento, hasta 2006, con la amable presencia y el apoyo académico del maestro común, Juan José Carreras, quien, jubilado administrativamente en 1998, siempre nos acompañó, a la vez que, con sus últimas y memorables intervenciones, nos aseguraba el enlace con las mejores tradiciones de la historiografía europea¹⁶.

Por las diez ediciones de estos congresos han pasado los sectores más activos de la historiografía española. Una secuencia cronológica de colegas y especialistas invitados con la intención de que las diversas promociones de alumnos tuvieran la oportunidad de poner cara a los autores de las obras y materiales de referencia habituales e inexcusables en la docencia cotidiana de las asignaturas de historia contemporánea nos ofrece una nómina bien representativa: Pere Anguera, Manuel Martí, Manuel González de Molina, Justo Serna, Anacleto Pons, Rafael Cruz, Elena Hernández Sandoica, Juan Sisinio Pérez Garzón, Eduardo González Calleja, Ramón Villares, Ferrán Archillés, M.^a Cruz Romeo, Xosé M. Núñez Seixas, Danièle Bussy, Enzo Traverso, Alberto Ramos, Jesús Izquierdo, Roger Chartier, Pedro Ruiz Torres, Giovanni Levi, José Ramón Urquijo, Francisco Morente, Demetrio Castro, Xosé Ramón Veiga, Alfonso Botti, Gregorio Alonso, Xavier Domènech, Isabel Burdiel, Sandra Souto, Gabriele Ranzato, Jordi Canal, Ángel Duarte, Alberto Gil Novales, José María Portillo, Manuel Suárez Cortina, Ramón Arnabat, Teresa María Ortega, Stéphane Michonneau, Florencia Peyrou, Alejandro Quiroga, Pilar Pérez Fuentes, Cristina Borderías.

La sucesión de los temas propuestos durante los veinte años que cubren periódicamente estos congresos manifiesta con claridad una conexión evidente con las formas de escritura de la historia y de representación del pasado acreditadas por las historiografías de nuestro entorno español y europeo. Comparecen puntualmente y en su momento asuntos como los relativos a la emergencia de la historia medioambiental a partir de la historia agraria (1999), las lecturas culturales de la acción colectiva, los usos públicos del pasado, género y nación, cultura de la memoria, historia y memoria —Juan José Carreras pronunció una célebre

¹⁶ Los congresos han peregrinado, sucesivamente, por localidades de las tres provincias aragonesas: Mas de las Matas (1997), Huesca (1999), Daroca (2001), Barbastro (2003), Molinos (2005), Ejea de los Caballeros (2007), Cariñena (2009), Rubielos de Mora (2012), Aínsa (2014) y Calatayud (2016).

lección titulada «Por qué decimos memoria cuando queremos decir historia» (2003), la centralidad de la ciudadanía y de los derechos, identidades en construcción e historia cultural, historias locales y miradas globales... Nuestro compañero Xavier Domènech, dirigente hoy de En Comú Podem, intervenía en Cariñena (2009) sobre «Movimiento obrero y cambio político en España, 1956-1977», desde la perspectiva de que eran procesos que, en su momento, «ampliaron el campo de lo posible». Por esas fechas se detecta una mayor «internacionalización» de los temas de las comunicaciones, así como la emergencia de una nueva generación de jóvenes investigadores: Javier Ramón Solans, Ramiro Trullén, Diego Cucalón, Antonio Alcusón, Ángel Alcalde, Carlos Domper, Diego Gaspar, Sescún Marías Cadenas, Luis G. Martínez del Campo, etc.¹⁷.

Es necesario, finalmente, agradecer a los compañeros del departamento, a todos los asistentes y participantes, a los profesores invitados, especialmente a quienes, como Roger Chartier, nos visitó en Cariñena, como lo hicieron Giovanni Levi en Molinos o Enzo Traverso en Barbastro y tantos otros a lo largo de veinte años. Asimismo, hay que reconocer a las instituciones que han venido apoyando estos diez encuentros, los ayuntamientos de las diez localidades citadas y sus correspondientes diputaciones provinciales. Esta empresa colectiva que cumple diez ediciones y veinte años será, con el tiempo, un ineludible testimonio para conocer la construcción de la profesión de los historiadores contemporaneístas en nuestro territorio y desde nuestra Universidad.

¹⁷ La sucesión de títulos que daban cobertura a los congresos muestra también el recorrido de las principales preocupaciones historiográficas a lo largo de estos años: «La historia local en la España contemporánea» (1997), «Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España» (1999), «En construcción: historia local contemporánea» (2001), «Las escalas del pasado» (2003), «Universo de micromundos» (2005), «La historia en el presente» (2007), «Reevaluaciones. Historias locales y miradas globales» (2009), «Historia, pasado y memoria en el mundo contemporáneo» (2012), «Culturas políticas de la contemporaneidad» (2014)..., hasta esta última reunión en Calatayud planteada parcialmente como un balance del tiempo pasado: «20 años de Congresos de Historia Contemporánea 1997-2016» y cuyos materiales publicados salen hoy de la imprenta.